

Discurso del Dr. Ricardo Villanueva al recibir el doctorado Honoris Causa por la Universidad Enrique Díaz de León

Enero 21 de 2025

Buen día a todas y todos.

Doctora Claudia Robles Morales, Rectora de esta magnífica Universidad Enrique Díaz De León; doctor Héctor Manuel Robles Ibarría, fundador de esta gran institución y a mi madrina de investidura, doctora Jeanett Robles Morales, de verdad, muchas gracias por todas las atenciones que han tenido conmigo.

Respetados colegas de otras universidades que hoy también nos acompañan; autoridades del gobierno del Estado y de gobiernos municipales; legisladoras y legisladores; jueces y magistrados del Poder Judicial que hoy están aquí; muchas gracias por su presencia.

Gracias también a la comunidad UdeG, a mi gran *manada*, que hoy me acompaña; Exrectores, rectores, investigadores, trabajadores, profesores, colaboradores; para mí es muy especial recibir este reconocimiento acompañado, o, más bien, arropado por ustedes.

Aunque éste es un acto académico público, les pido que me permitan hacerlo un poco personal, ya que estamos aquí: quiero agradecer a mis amigos y a toda mi familia. A mis cinco hermanos: Ernesto, David, Karla, Gabriela e Hilda. A mi compañera de vida, Araceli Alcaraz, y a mis hijas Camila y Renata... Gracias, gracias, gracias.

Es un verdadero honor recibir hoy el Doctorado *Honoris Causa* que me otorga la Universidad Enrique Díaz de León. Lo acepto y lo recibo con humildad. Los seres humanos somos individuos que nos formamos en colectivo. Así que este reconocimiento es también para los grandes maestros que he tenido en mi vida; empezando por

mi padre y mi madre, pasando por mis profesores en distintas etapas de mi vida, quienes me inspiraron y animaron a seguir este camino. Este reconocimiento es también para ellas y ellos.

Quiero también dedicar este reconocimiento a las y los estudiantes; no sólo a quienes he tenido la suerte de acompañar en el aula, sino también a quienes me han saludado con una sonrisa en los pasillos, a quienes me han recibido en sus escuelas con carteles hechos a mano, y a aquellos que me han compartido una anécdota, una idea que me hizo reflexionar... o incluso, hasta los memes que me hicieron reír. Los estudiantes me han enseñado más de lo que se puede encontrar en los libros: me han enseñado el valor de escuchar, la fuerza de la empatía, el poder de la creatividad y lo contagioso que puede ser el entusiasmo de una manada. Este reconocimiento es también para ellas y ellos, porque cada encuentro, por breve que haya sido, ha dejado aprendizajes invaluable en mi camino.

Normalmente, en ceremonias como ésta se dan mensajes alegres y se comparte la felicidad por el reconocimiento y la ocasión de celebrar. Quiero ofrecer una disculpa anticipada porque me voy a salir un poco del guion. Porque hoy, además de celebrar, también voy a compartir con ustedes una preocupación que me está persiguiendo los últimos días.

Como ustedes saben, hace unos días se dieron a conocer los resultados de admisión en nuestra universidad para el ciclo 2025-A. Y los datos que se desprenden de éste siempre son reveladores, porque nos dan una pista de cómo se mueven las aspiraciones de nuestros jóvenes; nos dan una pista sobre sus sueños y sus miedos, sobre sus anhelos y sus temores, sobre sus gustos y preferencias.

Por un lado, hay datos que nos hablan de una tradición que se perpetúa: medicina y derecho son

las carreras con más demanda. Pero hay tendencias que, tristemente, se dan desde hace algún tiempo, y ahora se acentúan: en los últimos años hemos observado un descenso alarmante en la aspiración a carreras en humanidades, como filosofía, sociología, antropología y geografía, entre otras.

Filosofía 25-A= 55 de 31,773	Sociología 25-A= 32	Antropología 25-A= 31	Geografía 16-B= 250 25-A= 8 de 31,773
---	-------------------------------	---------------------------------	---

Pero desde este último ciclo académico, observamos algo que no había pasado: un descenso dramático en la aspiración a ciencias básicas, como biología, matemáticas, física y química.

Algunos ejemplos de este fenómeno:

Biología 20-A: 303 25-A: 241 (-20%)	Física 20-A: 196 25-A: 104 (-47%)	Matemáticas 20-A: 91 25-A: 42 (-54%)
--	--	---

¿Qué está pasando? Las universidades debemos de preguntarnos qué es lo que está ocurriendo. ¿Por qué los jóvenes están perdiendo el interés en las humanidades y en las ciencias básicas? ¿Es un asunto fortuito? ¿O es porque los programas educativos, nuestros modelos académicos y nuestra manera de enseñar son poco atractivos para los jóvenes?

¿O es porque, en un mundo que se rige principalmente por el lenguaje económico, y los jóvenes que estudian estas ciencias al final se encuentran con condiciones laborales injustas y precarias y, en consecuencia, las nuevas generaciones ya no quieren estudiar estas carreras?

“Necesitamos más poesía en la Luna y más matemáticas en el arte”.

Hace poco escuché una conversación muy interesante con la bióloga molecular y astronauta Sara García Alonso, quien decía lo siguiente: “**No concibo la ciencia sin las humanidades. ¿Y por qué deberíamos elegir? Necesitamos más poesía en la Luna y más matemáticas en el arte**”. ¿Les digo algo? Sara García tiene TODA la razón.

En verdad nos estamos enfrentando a un escenario muy complejo. Por ello, debemos de reflexionar, como universidades, pero, sobre todo, como HUMANIDAD... ¿Cómo sería un mundo sin matemáticos? ¿Cómo sería un mundo sin biólogos? ¿Cómo sería un mundo sin filósofos? ¿Cómo sería el mundo sin poesía?

Las universidades no podemos ver esta realidad y quedarnos de brazos cruzados.

Hasta ahora, las universidades hemos tenido el monopolio de los títulos. Hemos sido los entes a quien la sociedad le confía la encomienda de acreditar el conocimiento de un profesional en distintos campos... **HASTA AHORA**, pero eso está cambiando.

Cada vez más jóvenes optan por micro-credenciales, por cursos en plataformas abiertas para insertarse en campos laborales que les requieren un conocimiento específico. **Hoy en México hay más de 5 millones de personas estudiando en Coursera, y sólo 4 millones 300 mil en universidades. El mundo ya cambió: hay más mexicanos en Coursera y muchos más en los tutoriales de Youtube y TikTok, que en las universidades.**

Hoy, con toda razón, *desde el lenguaje económico*, un joven se pregunta “¿para qué estudiar 4 ó 5 años en un aula poco estimulante y con esquemas rígidos, si puedo hacer un curso de programación en seis meses?”. Y las universidades, ¿qué les estamos respondiendo?

Las universidades estamos obligadas a reflexionar sobre la pertinencia y el contenido de nuestros programas como instituciones educativas. Debemos comunicarnos con nuestros estudiantes, ponernos en sus zapatos. Entender qué les interesa, qué les preocupa, con qué sueñan. Pensar en la orientación vocacional en su idea más pura. Debemos ir a las secundarias y a las preparatorias a hablar con ellos, a informarles de las nuevas ofertas y a ayudarles a que tengan todos los elementos para que puedan decidir a qué se quieren dedicar.

Estoy seguro de que tenemos muchas humanistas en nuestras prepas, muchos químicos y muchos físicos y, sin duda, muchas y muchos geógrafos.

Pero también debemos de modificar nuestra docencia, nuestros programas. Debemos de pensar por qué nuestros niños sufren con las ciencias básicas, por qué les dan miedo las matemáticas. Debemos de pensar en cómo hacer atractivas las ciencias, y menos *dolorosas* las matemáticas, la física y la química.

¿Cómo nos estamos comunicando con los jóvenes? ¿Les estamos ofreciendo alternativas? ¿Nos estamos ocupando en conocer sus intereses? ¿Hablamos su idioma?

Perdón que les haya compartido todo este estrés, pero ante lo revelador de estos datos he formulado algunas hipótesis de lo que está sucediendo. Y mi respuesta sigue siendo la misma: **la exclusividad del lenguaje económico.**

El lenguaje económico es pragmático y sí, le importa la ciencia, **peero sólo en la medida en que ésta le sirva para generar ganancias económicas.**

Para el lenguaje económico...

No importa tanto la biología, sino el fármaco que se va a vender en todas las farmacias.

No importan tanto las matemáticas, sino el algoritmo que predice nuestra personalidad en redes sociales y nos pueden vender lo que sea.

No importa tanto la geografía, sino tenernos dentro Google Maps y de San Waze.

Las universidades NO podemos caer en esto.

Las universidades somos las guardianas de la filosofía y las humanidades.

Somos guardianas de las ciencias básicas.

Somos las guardianas del pensamiento libre.

Somos las guardianas del conocimiento, en su sentido más amplio, sin importar su uso ni su valor monetario.

Nos importa mucho la transferencia tecnológica, pero también la transferencia social.

Tenemos una responsabilidad muy grande. Se los digo muy honestamente: estoy preocupado. Y no podemos dejar pasar un día más sin repensarnos, tenemos que reflexionar y transformarnos para un futuro que vimos venir hace tiempo, y que hoy ya llegó.

Hace unos meses, al recibir este mismo título por la Universidad de Valencia, hice algunas reflexiones que me siento obligado a compartir con ustedes el día de hoy. Perdón que sea redundante, pero ahora que termine mi rectorado, en 69 días, éstas son las ideas a las que pienso dedicarles parte de mi tiempo, y porque considero que son reflexiones que debemos de repetirnos todos los días en los espacios universitarios si queremos salvar a la vida humana y, de paso, darle un respiro a nuestro planeta. Me refiero a las otras vidas, no sólo a la vida humana.

Desde hace más de 30 años el lenguaje económico se coló por todos lados. Hoy define las decisiones de muchos gobiernos, de las empresas y de los individuos... y las consecuencias de esto se ven no sólo en las decisiones de nuestros jóvenes al decidir qué carrera van a estudiar; las consecuencias de este enfoque erróneo se ven también en nuestro medio ambiente.

La falsa idea de la felicidad que nos ha sembrado el lenguaje económico nos está llevando al ecocidio de nuestro planeta.

Hace tiempo, pareciera que en las universidades nos dejamos envolver por la inercia, dejamos el lenguaje filosófico en el patio de atrás y, en su lugar, nos hemos dedicado a hablar, casi de manera exclusiva, en lenguaje económico.

De repente, toda nuestra atención empezó a girar en torno a conceptos como “productividad”, “utilidad”, “competitividad”, “rendimiento”, “eficiencia”... y un largo etcétera.

Yo me pregunto, ¿cuándo decidió la humanidad estudiar y medir el éxito en términos de transacciones?

Cuando el lenguaje económico se convierte en el único idioma en el mundo y en las universidades dejamos de lado el lenguaje filosófico, ecológico o sociológico, corremos el riesgo de educar mentes que se olvidan de lo esencial: saber quiénes somos, para qué estamos en el mundo y, sobre todo, cómo es el mundo en el que queremos vivir.

Si las universidades no invitamos a las juventudes a reflexionar sobre estas preguntas... ¿quién lo hará? ¿Le dejaremos esa tarea a las grandes empresas que controlan las redes sociales? ¿O a la inteligencia artificial?

Vivimos sumergidos en un modelo que afirma que ser feliz es igual a consumir, a consumir

mucho, mucho más de lo que realmente necesitamos para vivir.

¿Quieres ser bello? ¡Compra!

¿Quieres tener amigos? ¡Compra!

¿Quieres ser feliz? ¡Compra!

Según esa fábula que nos quiere imponer el lenguaje económico, todo se puede comprar: se puede comprar la belleza, se puede comprar a los amigos... incluso, se puede comprar la felicidad.

Vivimos inmersos en un sueño en el que la felicidad está “cerca, muy cerca”. Siempre tan cerca de alcanzar eso material que nos hace falta para realizarnos: la ropa de marca que le grite al mundo que “valemus mucho”; el nuevo modelo del iPhone para que no piensen que nos estamos quedando atrás; cambiar de coche soñando con algún día tener la “Cyber truck”.

El secreto es que cuando se logra satisfacer el deseo que estuvimos persiguiendo tanto tiempo, la satisfacción, lamentablemente, dura tres minutos. Luego viene un nuevo vacío existencial que hay que llenar, surge un nuevo deseo y la carrera empieza una vez más... y otra vez más... y otra vez más...

Hemos confundido la felicidad y la plenitud con las alegrías pasajeras. Hemos desperdiciado horas y horas trabajando en busca del éxito material para ser felices... y la felicidad nos estaba esperando en nuestras casas a que regresáramos del trabajo para darnos un abrazo.

¿De verdad queremos ser cómplices de eso? ¿Ese es el modelo que queremos para nuestra existencia? ¿Es sostenible ese modelo? ¿Cuántos años más puede durar si estamos consumiendo 2.7 veces más de lo que el planeta resiste para darnos? **Lo que estamos haciendo en la huella ecológica cada ser humano es consumir 2.7 veces más de lo**

que el planeta resiste.

El deseo constante de consumir alimenta la maquinaria de una economía que explota los recursos del planeta a un ritmo que supera por mucho su capacidad para regenerarse.

La idea de felicidad que impulsa este modelo hegemónico suicida, con todo y su lenguaje económico, nos está costando muy caro... **DEMASIADO CARO**, en términos ambientales y humanos.

Y si las universidades nos sometemos al lenguaje del consumo, entonces seremos cómplices de la destrucción del planeta.

Las universidades, por el contrario, tenemos que ayudar a derribar ese falso paradigma de la felicidad. Si no lo superamos, este falso paradigma va a acabar con el planeta.

Afortunadamente, no...

La vida no está en el celular más nuevo.

No, la vida no está en el atuendo más lujoso.

Tampoco, no, la vida no está en la “camioneta indestructible”.

Y más importante aún, y debemos saberlo los seres humanos, la vida no solo está en la especie humana.

¡NO! La vida... como decía el novelista checo Milan Kundera, **“la vida está en otra parte”.**

Creo, firmemente, que las universidades debemos ser un refugio para la humanidad.

Un lugar en el cual giremos nuestra mirada para recordar quiénes somos y a dónde vamos.

Un lugar en el que tengamos claro que los bienes materiales son sólo medios, no fines en sí mismos.

Un lugar en el que recordemos que la felicidad genuina no depende de lo que poseemos, la felicidad está en cómo nos relacionamos con los demás.

La felicidad es totalmente interna e individual, pero sólo se conquista en lo colectivo, con la gente que hemos creado lazos.

Las universidades debemos de ser el laboratorio donde incubemos las grandes ideas que resuelvan este problema; el lugar donde las nuevas generaciones cuestionen este modelo suicida que nos conduce al desastre.

Las universidades debemos de hacer espacio en nuestros programas de estudio para que no sólo enseñemos habilidades técnicas, sino que también invitemos a las juventudes a reflexionar con pensamiento crítico, a mirar el paisaje completo y a encontrar soluciones integrales a los problemas complejos y globales.

Tengo esperanza. Creo que aún estamos a tiempo de regresar a lo esencial y recuperar en nuestras universidades el lenguaje de la filosofía, el que nos ayuda a ver más allá de lo inmediato y a entender nuestra vida en el contexto de la humanidad y del planeta. Ese lenguaje que nos ayuda a distinguir lo importante de lo urgente. Ese lenguaje que entiende la diferencia real del valor que hay entre un abrazo y un iPhone. Sí, en las universidades debemos de recordar el valor de abrazar y de no avergonzarnos por saber decir, “te quiero”.

Podemos contribuir a un modelo de vida sostenible en el que la economía esté al servicio de la humanidad, y no al revés. Un lugar donde la economía vuelva a ser una ciencia social, y no una ciencia exacta. Podemos vivir una vida en la que en lugar de acabar con el planeta, aprendamos a preservarlo.

Veamos lo que una vez más la naturaleza nos grita con desastres por el cambio climático.

En aquel discurso que les comentaba de hace tres meses, el 11 de noviembre, en la Universidad de Valencia, utilicé como ejemplo de los llamados que nos hace el planeta los estragos que dejó en esa región la DANA: la inundación cobró la vida de más de 200 personas y se estiman pérdidas por más de 17 mil millones de euros.

Tan solo tres meses después, la Tierra hace otro llamado, ahora con el fuego y el viento. Muy cerca de nosotros, en Los Ángeles, California, los incendios han cobrado la vida de al menos 27 personas, y las pérdidas hasta ahora se estiman en unos 150 mil millones de dólares.

No seamos sordos. No seamos ciegos ante lo que es evidente. El planeta nos está dando señales de alarma con estas tragedias.

Las universidades debemos quitarnos y ayudar a quitar la venda de los ojos.

¡Atrevámonos a mirar la realidad desde otra perspectiva!

¡Liberémonos de la hegemonía del lenguaje económico!

Repensemos, desde el lenguaje filosófico, ¿qué es la felicidad?

Desde ahí, y sólo desde ahí, podremos combatir el falso paradigma de la felicidad que puede aniquilar al famoso planeta llamado Tierra.

¡Muchas, muchas, muchísimas gracias!

Ricardo Villanueva

